

Controversia



LA GUERRA Y EL CHOQUE DE LAS IGNORANCIAS

EDWARD SAID

ENSAYISTA Y ESCRITOR PALESTINO

p
Controversia

Para algunos, la lucha contra el terrorismo legitima los argumentos de Samuel Huntington. Pero no son “civilizaciones” las que se enfrentan en el actual conflicto. Hay que desterrar la idea de que Occidente y el islam son identidades cerradas, como quieren hacer creer los fundamentalismos de distinto signo.

El artículo de Samuel Huntington “El choque de civilizaciones” apareció en la edición de “Foreign Affairs” del verano (boreal) de 1993 y despertó de inmediato una sorprendente dosis de atención y reacción. Como el artículo pretendía aportar a los estadounidenses una original tesis sobre una “nueva fase” en la política mundial luego del fin de la Guerra Fría, la argumentación de Huntington pareció obligatoriamente extensa, atrevida y hasta visionaria. Se centró claramente en rivales ubicados en las filas de quienes marcan políticas, en teóricos como Francis Fukuyama y sus ideas sobre el “fin de la historia”, así como en las legiones de los que habían festejado el

inicio de la globalización, el tribalismo y la dispersión del estado. Pero todos ellos, aceptaba Huntington, entendieron nada más que algunos aspectos de este nuevo período. (Huntington) estaba por anunciar el aspecto crucial, central, de hecho de aquello en lo que puede convertirse “la política mundial en los años venideros”. Huntington avanzó sin titubear:

“Mi hipótesis es que la fuente esencial de conflicto en este nuevo mundo no será básicamente ideológica o económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente de conflicto dominante serán de tipo cultural. Los estados seguirán siendo los protagonistas más poderosos en los asuntos del mundo, pero los principales conflictos de la política internacional se suscitarán entre naciones y entre grupos de civilizaciones distintas. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las fallas entre civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro”.

La mayor parte de la argumentación contenida en las páginas que seguían se apoyaba en la vaga noción de algo que Huntington llamaba “identidad de la civilización” e “interacciones entre siete u ocho (sic)

civilizaciones”, en las que el conflicto entre dos de ellas, islam y Occidente, se lleva la parte del león en materia de su atención. En este beligerante tipo de pensamiento, Huntington se basa fuertemente en un artículo de 1990 del veterano Orientalista Bernard Lewis, cuyos colores ideológicos están visibles en su título, “Las raíces del odio musulmán”.

Gigantes en pugna

En ambos artículos, la personificación de entidades descomunales llamada: “Occidente” e “islam” se ve temerariamente confirmada, como si cuestiones enormemente complejas como identidad y cultura existieran en un mundo de historietas en donde Popeye y Brutus se atacan sin piedad y en el que el pugilista más hábil siempre lleva las de ganar sobre su adversario.

No cabe duda de que ni Huntington ni Lewis tienen demasiado tiempo libre para la dinámica interna y pluralidad de cada civilización o para el hecho de que la gran contienda en la mayoría de las culturas modernas tiene que ver con la definición o interpretación de cada cultura, o para la poco atractiva posibilidad de que se necesita una gran dosis de demagogia y absoluta ignorancia cuando se presume hablar para toda una religión o civilización. No, Occidente es Occidente y el islam el islam.

El desafío para los politólogos de Occidente, dice Huntington, radica en asegurarse que Occidente se vuelva más fuerte y defienda a todos los otros, al islam en particular. Más preocupante es la presunción de Huntington de que su perspectiva, que radica en estudiar al mundo entero desde un sitio alejado de todas las uniones comunes y lealtades ocultas, es la correcta, como si todo el resto de la gente estuviera corriendo alrededor a la búsqueda de las respuestas que él ya encontró.

De hecho, Huntington es un ideólogo, alguien que quiere convertir a las “civilizaciones” e “identidades” en lo que no son: entidades cerradas y selladas que han sido purgadas de las innumerables corrientes y contracorrientes que animan a la historia humana, y que a lo largo de los siglos hizo posible que esa historia contuviera guerras religiosas y conquistas imperiales pero también que fuera una historia de intercambio, aportes y cosas compartidas.

Esta historia mucho menos visible es ignorada en el apuro por resaltar la conflagración absurdamente comprimida y limitada que es la realidad según el “choque de civilizaciones”. Cuando publicó en 1996 su libro con ese mismo título, Huntington trató de dotar a su argumento de un poco más de sutileza y de muchas más notas al pie de página. Sin embargo, todo lo que hizo fue confundirse

a sí mismo y demostrar que era un escritor torpe y un pensador deslucido.

El paradigma básico de Occidente versus el resto (una reformulación de la oposición existente durante la Guerra Fría) permaneció intacto y esto es lo que se sigue discutiendo, de manera solapada y táctica, desde los terribles acontecimientos del pasado 11 de septiembre. El ataque suicida y la matanza masiva, cuidadosamente planeados, horribles y de una motivación patológica, por parte de un pequeño grupo de militantes trastornados probaron la tesis de Huntington. En lugar de verlo por lo que es –la aprobación de grandes ideas (y uso esta frase con libertad) por parte de una pequeña banda de fanáticos locos con fines criminales–, luminarias internacionales desde la ex primer ministra pakistaní Benazir Bhutto al premier italiano Silvio Berlusconi pontificaron sobre los problemas del islam y, en el caso de este último, se valieron de las ideas de Huntington para hablar sobre la superioridad de Occidente y sobre cómo “nosotros” tenemos a Mozart y Michelangelo y ellos no (Desde entonces, Berlusconi ofreció una fría disculpa por su insulto contra el “islam”).

¿Por qué no ver paralelos, en cambio, menos espectaculares en su destructividad, entre Osama Bin Laden y sus seguidores y cultos como los Davidianos o los discípulos del reverendo Jim Jones en Guyana o la secta japonesa Aum Shinrikyo? La retórica churchilliana es utilizada inadecuadamente por combatientes autoelegidos en la guerra de Occidente y de EE.UU. en especial contra los que los aborrecen, los saquean y los destruyen, con escasa atención por complejas historias que desafían este tipo de reducción y se filtraron de un territorio a otro, pisoteando en el proceso las fronteras que se supone deben separarnos a todos en campos armados divididos.

Este es el problema de las etiquetas nada edificantes, como islam y Occidente. Engañan y confunden a la mente, que trata de encontrarle sentido a una realidad desordenada que no será derrumbada o frenada tan fácilmente. Cualquier decisión unilateral que se tome para trazar líneas en la arena, para llevar adelante cruzadas, para confrontar a su mal con nuestro bien, para extirpar al terrorismo y (para usar el vocabulario nihilista de Paul Wolfowitz) poner fin a las naciones por completo, no hace que sea más fácil ver a la supuestas entidades. Muestra, en cambio, cuanto más simple resulta hacer declaraciones belicosas con el propósito de encender las pasiones colectivas en lugar de reflexiones, estudiar u ordenar qué es lo que enfrentamos en la realidad, la interconexión entre las innumerables vidas, las “nuestras” así como “las de ellos”.



Distorsiones y fanatismos

En una serie notable de artículos publicada en 1999 en Dawn, el semanario más respetado de Pakistán, el extinto Eqbal Ahmad, analizó al escribir para una audiencia musulmana, lo que él llamó las raíces de la derecha religiosa y criticó duramente las mutilaciones del islam por parte de absolutistas y tiranos fanáticos cuya obsesión por regular la conducta personal fomenta un “orden islámico reducido a un código penal, desprovisto de su humanismo, estética, búsquedas intelectuales y devoción espiritual”. Y esto “acarrea la defensa absoluta de un aspecto generalmente descontextualizado de la religión y una indiferencia total de otra. El fenómeno distorsiona a la religión, degrada a la tradición y desdibuja al proceso político en dondequiera que tiene lugar”.

Como oportuno ejemplo de esta degradación, Ahmad procede primero a presentar el rico, complejo y pluralista significado de la palabra “jihad” y muestra luego que en la actual limitación de la palabra para una guerra indiscriminada contra los presuntos enemigos, resulta imposible “reconocer a lo islámico –la religión, la sociedad, la cultura, la historia o la política– tal como lo vivieron y experimentaron los musulmanes a lo largo de las distintas etapas”. Los islámicos modernos, concluye Ahmad, “están preocupados por el poder, no por el alma, con la movilización de la gente para fines políticos en lugar de para compartir y aliviar sus sufrimientos y aspiraciones. Su agenda política es muy limitada y de un tiempo escaso”. Lo que empeoró las cosas es que distorsiones y fanatismos similares tienen lugar en los universos del discurso “judío” y “cristiano”.

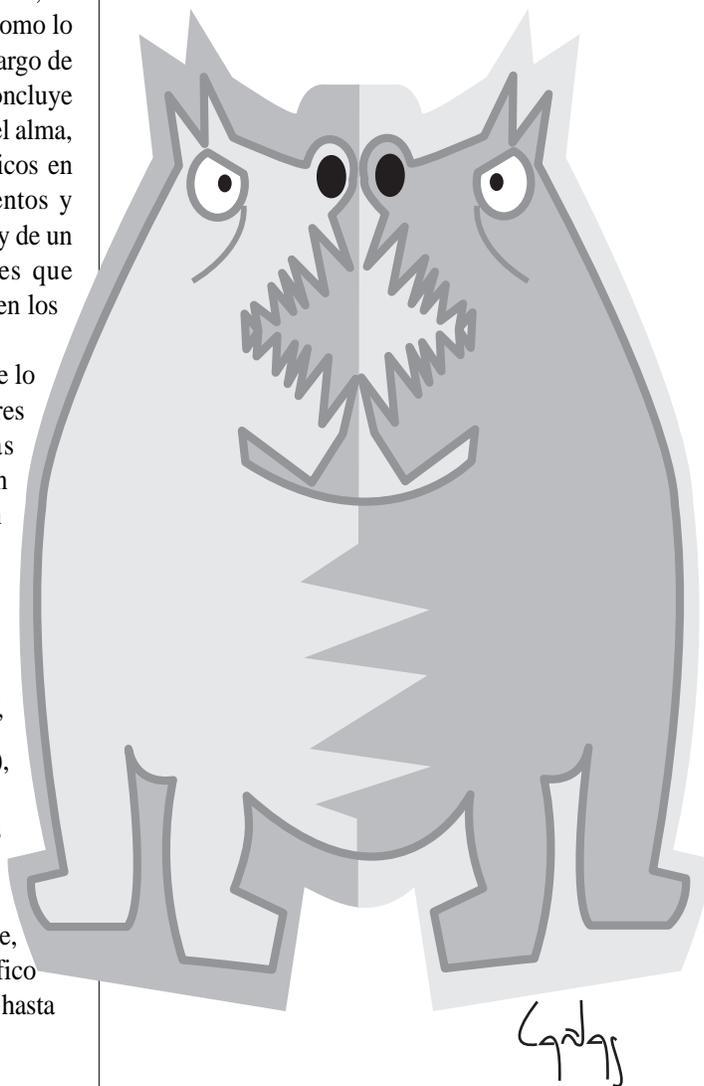
Fue Conrad quien, con más contundencia de lo que hubiera imaginado cualquiera de sus lectores hacia fines del siglo XIX, entendió que las diferencias entre el Londres civilizado y el “corazón de las tinieblas” colapsaba rápidamente en situaciones extremas y que los picos de la civilización europea podían caer en las prácticas más bárbaras sin ninguna preparación o transición. Y fue Conrad también quien, en la obra “El agente secreto” (1907), describió la afinidad del terrorismo con abstracciones como “ciencia pura” (y, por extensión, con el “islam” u “Occidente”), así como la degradación moral del terrorista.

Es que existen conexiones más cercanas entre civilizaciones aparentemente enfrentadas de lo que nos gustaría creer a la mayoría de nosotros. Tanto Freud como Nietzsche mostraron como fluye, con una facilidad aterradora muchas veces, el tráfico a lo largo de límites cuidadosamente mantenidos y hasta custodiados.

Pero luego, esas ideas fluidas, llenas de ambigüedad y escepticismo sobre nociones a las que nos aferramos, rara vez nos aportan guías convenientes y prácticas para situaciones como las que tenemos que enfrentar hoy. De allí los órdenes de batalla más tranquilizadores (cruzada, bien versus el mal, libertad contra el miedo, etc.) que se desprenden de la supuesta oposición trazada por Huntington entre islam y Occidente, de la que sacó su vocabulario el discurso oficial durante los primeros días que siguieron a los ataques del 11 de septiembre.

Desde entonces, hubo una notable degradación en ese discurso, pero a juzgar por la constante cantidad de expresiones y acciones de odio, además de las denuncias sobre los esfuerzos policiales en contra de árabes, musulmanes e indios en todo el país, el paradigma sigue presente.

Otro motivo más para su persistencia es la mayor



presencia de musulmanes en toda Europa y Estados Unidos. Piense en las poblaciones de hoy de Francia, Italia, Alemania, España, Gran Bretaña, y hasta Suecia y admitirá que el islam ya no está en la periferia de Occidente sino en su centro. Pero ¿qué es tan atemorizante sobre esa presencia? Enterrados en la cultura colectiva figuran recuerdos de las primeras grandes conquistas árabe-islámicas, que comenzaron en el siglo VII y que tal como el famoso historiador belga Henri Pirenne escribió en su histórico libro *Mohammed y Carlomagno* (1939) destrozaron de una vez y para siempre la antigua unidad del Mediterráneo, destruyeron a la suma cristiano romana y dieron lugar al nacimiento de una nueva civilización dominada por las potencias del norte (Alemania y la Francia carolingia) cuya misión, parecía decir, consiste en reanudar la defensa de “Occidente” ante sus enemigos histórico culturales. Lo que Pirenne omitió, lamentablemente, es que en la creación de esta nueva línea de defensa, Occidente recurrió al humanístico, ciencia, filosofía, sociología e historiografía del islam, que ya se había interpuesto entre el mundo de Carlomagno y la antigüedad clásica. El islam está dentro desde el comienzo, como hasta Dante, el gran enemigo de Mohammed, debió conceder cuando ubicó al profeta en el propio corazón de su “Infierno”.

Y después está el persistente legado del propio monoteísmo, las religiones abrahámicas como las llamaba Louis Massignon adecuadamente. Comenzando con el judaísmo y la cristiandad, cada una es un sucesor perseguido por lo que ocurrió antes. Para los musulmanes, el islam satisface y pone fin a la línea de la profecía.

Todavía no hay ninguna historia decente o desmitificación de la contienda entre estos tres seguidores del más celoso de todos los dioses, a pesar de que la sangrienta convergencia moderna que se da en Palestina ofrece un rico ejemplo secular de lo que fue tan trágicamente irreconciliable entre ellos. No sorprende entonces que musulmanes y cristianos hablen enseguida de cruzadas y “jihad”, omitiendo ambos la presencia judaica con una indiferencia sublime. Una agenda de este tipo, asegura Eqbal Ahmad, resulta “muy tranquilizadora para los hombres y mujeres que se encuentran parados en el medio del vado, entre las profundas aguas de la tradición y la modernidad”.

Pero todos estamos nadando en esas aguas, occidentales, musulmanes y otros. Y como las aguas son parte del océano de la historia, tratar de surcarlas o dividir las con barreras resulta inútil. Los actuales son tiempos difíciles, pero es mejor pensar en términos de comunidades poderosas y sin poder, en la política secular de la razón y la ignorancia y en los principios universales de la justicia y la injusticia, en lugar de vagar a la búsqueda de abstracciones que pueden ofrecer una satisfacción momentánea pero poco autoconocimiento o análisis informado. La tesis del choque de civilizaciones es un artilugio como “La guerra de los mundos”, que resulta más apto para reforzar el orgullo defensivo que para una comprensión crítica de la perpleja interdependencia de nuestro tiempo. (E)

Copyright Clarín y The Nation, 2001
Traducción: Silvia S. Simonetti.



La enfermedad latinoamericana de la educación superior (Fragmento)

Me decía nuestro malogrado historiador Mario Briceño Iragorry que, estudiando las tesis para optar el grado de Bachiller en Filosofía en nuestra antigua Universidad de Caracas, él se extrañaba de lo variado de los temas que se trataban en la época colonial, y de cómo estaban al día con respecto a los asuntos que entonces se discutían en Europa. Recuerdo que entre las que me citó estaba una discusión sobre el libro de Lamarck, *Philosophie Zoologique*, con apenas un año de tardanza de la fecha en que apareció dicha obra (1809). Con el abandono que han sufrido las lenguas vivas estamos seguros que un hecho de esa naturaleza no puede suceder hoy después de transcurrido más de siglo y medio. Nuestras universidades han perdido vigor e iniciativa, su enseñanza está atrasada y estancada, los estudiantes carecen de entusiasmo y las abandonan al terminar sus carreras con el espíritu opacado, llenos de indiferencia ante los problemas nacionales, reclamando apenas para sí un trabajo acorde al grado que ostentan, sin tener en cuenta el compromiso de retribuir en algo el esfuerzo hecho para elevarlos al estrato en que su diploma los coloca.

ARNOLDO GABALDÓN (1982)